

# Índice

Prólogo, 9

Primer premio:

***Bajo la mirada de la montaña***

por Claudia Barrio Soffó, 13

Segundo premio:

***Ballenas en el cielo***

por Laia Farràs i Coll, 23

Finalistas:

***Un paseo por mis recuerdos***

por Claudia Giménez Hornillos, 33

***Saudade***

por Claudia García Calzada, 41

***La felicidad es un deseo***

por Clara Díaz Sánchez, 51

***Yo vuelo***

por Pablo Cristín Álvarez, 61

**L**a primera vez que monté en tren hacía frío. Lo recuerdo por el humo que expulsaba por la boca cada vez que tomaba una bocanada de aire y exhalaba. En ocasiones, mi hermano trataba de atrapar el vaho con sus manos y abría un hueco entre sus dedos para asomarse a mirar, como si fuera a estar ahí materializado, esperando a que él lo liberase de nuevo. Hoy en cambio, noto el sudor acumulado alrededor del cuello de mi camisa y desearía haberme puesto unos pantalones de tela más fina. El tren no va tan lleno como aquella vez, y he podido permitirme el lujo de elegir un buen asiento cerca de la ventanilla con vistas a la sierra. España tiene los paisajes más bonitos que el ser humano presenciara nunca. Llanuras cubiertas por mantos de un tono verde tan puro, que creo que puedo sentir el rocío en la punta de mis dedos. De entre la hierba se elevan imponentes los árboles, que en esta época del año conservan todas sus hojas, haciéndolos aún más majestuosos. Las copas parecen no acabar nunca, y si tienes algo de imaginación podrías pensar que son un puente entre la tierra firme y el cielo. Se aprecian al fondo las montañas, cuanto menos venerables, y al otro lado la costa. Me hubiera encantado haber vivido cerca del mar. Uno de los primos de mi padre era pescador, y aunque vivía al día, siempre

aseguraba que no se arrepentía de haber escogido ese modo de vida, que el mar le daba todo cuanto necesitaba, y que más pobre hubiera sido en otro lugar lejos de él. Podría pasar horas aquí, admirando el espectáculo más elegante de la naturaleza. No siempre fue así.

Las vistas de aquel primer viaje no se parecían en lo más mínimo. Eran las mismas praderas, los mismos pinos. Recuerdo ver la misma cordillera y la misma playa, que estaba tan agitada como hoy. Sin embargo no era igual. Había caído la noche y no se apreciaba el verde; los montes eran sobrevolados por aviones cuyo estridente vuelo hacía que parecieran que estaban a escasos metros de mí, y veía todo esto desde un asiento de madera que no daba a la ventana, lo que me obligaba a estirar el cuello para mirar. Era el mismo recorrido y aun así, era completamente diferente.

Mis padres siempre estuvieron fascinados con la vida de Madrid, con lo viva que estaba la ciudad, cuyo corazón latía en cada esquina o en las plazas, en los bares y tiendas. Y es que tú no vives en Madrid, Madrid te vive a ti. Una ciudad que era testigo de celebraciones, de comidas que se alargaban hasta la tarde, de paseos de la mano, de reuniones y también de despedidas. Recién cumplida la docena tuve que despedirme de todo eso. De la ciudad más enérgica del mundo, de mis padres que no la abandonaban ese día, de mi casa, de mi colegio, de mi vida como la había conocido hasta entonces... Y de nuevo, Madrid fue testigo. Hoy recuerdo ese día como si se tratara de una película o de un sueño que se reproduce ante tus ojos. Veo mi propia cara, viva imagen de la confusión, las lágrimas en los ojos de mi

madre y a mi padre consolándola con su mano sobre el hombro de ella, mientras con la otra sostenía una maleta roja. Después de llenarnos la cara de besos, nos ayudaron a subir al tren. Mi primer tren. No éramos los únicos diciendo adiós, Marcos, mi compañero de clase, agitaba la mano efusivamente despidiéndose de su padre, que llevaba un arma cargada a la espalda. Ya había visto un arma antes, mi padre y mi abuelo también tenían una, y se había convertido en algo común en las calles desde hacía meses. Mamá se acercó a mí y me explicó que pasaríamos un tiempo en casa de mis tíos, en una ciudad que en ese momento me pareció exótica y distinguida solo por su nombre: Toulouse. Me dio la bufanda que llevaba colgada al cuello y me abrazó por la que yo no sabía que sería la última vez.

Comenzó así mi primer viaje. Siempre supe que cuando creciera visitaría mundo, probando todas las comidas y bailando en todas las fiestas. No imaginaba que el inicio de mi vida como aventurero fuera a ser así, con mis brazos pegados a los de un extraño y con el nudo en la garganta que me había dejado la despedida de mis padres. De entre todos los que estábamos en el tren ese día, solo yo parecía estar confuso con la situación. Había quienes lloraban o miraban por la ventana con angustia; madres con niños en brazos y señores con semblante serio, pero no había duda en sus rostros. Reconocí a Virginia, una niña de mi edad que vivía dos pisos por debajo del nuestro. Ella tampoco parecía alterada y cuando me vio, saludó efusivamente con la mano en mi dirección. Se hizo paso entre el resto de pasajeros, que llenaban los pasillos del vagón, y aparté